



Asambleas, cooperativas y género

Participación femenina tras la crisis del 2001

Jimena Municoy, Estudiante avanzada de la carrera de Sociología – Fsoc. (UBA), integrante del OSERA.

jimenamunicoy@yahoo.com.ar

Resumen

El presente ensayo aborda las experiencias femeninas en la acción política frente a la crisis del 2001 a partir de la voz de Silvia Díaz, actual síndica de la cooperativa La Cacerola. Se indaga tanto en la participación de las mujeres en las asambleas barriales de dicho año como en la presencia de las mismas al interior de la cooperativa fundada por Silvia y otros compañeros. Al mismo tiempo se intenta observar como el rol de género de la mujer, su trabajo de reproducción, afecta en la participación política y laboral.

Asimismo, se realiza un vínculo histórico con la época de surgimiento del cooperativismo en Argentina intentando establecer continuidades y rupturas de diversa índole, manteniendo el foco en el rol de la mujer.

Introducción

“La cripta hogareña se sacude
y emerge entonces una mujer-otra
que desmiente el arquetipo”
(Barrancos, 2007:315)

Llego a la cita de Barrancos (2007) desde mi historia personal, con el objetivo de problematizar las experiencias femeninas en la acción política en nuestro país. A 20 años de la crisis del 2001, me enfoco en esa etapa, la cual considero como una etapa de quiebre. En mi naciente trayectoria de investigación, mi interés se centra en indagar el rol y lugar de la mujer en ámbitos de trabajo que promueven cierta equidad e igualdad: las cooperativas de trabajo. Así, en este último año, investigué e intenté realizar un estado del arte en relación al cooperativismo



vislumbrando que el rol femenino dentro de estas organizaciones está aún poco desarrollado académicamente, puntualmente en lo relacionado con las cooperativas de trabajo, o bien, reproducen aquello que Barrancos (2007) también menciona, las mujeres estuvieron cuando las papas quemaban.

La lectura se ordena de la siguiente manera: en un primer momento se encuentra una breve reseña de los trabajos que me anteceden. Luego, se realiza una contextualización del período que comprende los últimos años del menemismo y los primeros de la Alianza, a nivel económico y político. Allí se describe de forma breve descripción el fenómeno de los movimientos sociales que dio lugar al cooperativismo de trabajo, y su expansión como respuesta a la crisis económica del 2001. En tercer lugar, encontrará los orígenes de las redes del cooperativismo en Argentina que se tienden desde finales del Siglo XIX. Luego, quien escribe, tomará la voz Silvia Díaz para centrarse en el caso de las cooperativas, intentando responder a las siguientes preguntas: cómo se insertan las mujeres en las asambleas posteriores a la crisis del 2001, cómo incide la participación política al interior del hogar y a la distribución del trabajo en la cooperativa: se reproducen las desigualdades de género o, los preceptos de igualdad y equidad de los trabajadores se respetan más allá de la división sexual. Finalmente se observarán algunas reflexiones que despiertan nuevas inquietudes a ser desarrolladas en futuras investigaciones.

Asimismo, atravesando todo el escrito, se encontrará también una breve historización del papel de la mujer en relación a los cambios en el mundo del trabajo, como compañeras de lucha en las huelgas, como sostén de la casa y de sus maridos; luego la acometida de la “doble tarea” (Queirolo, 2016) que se ve reflejada aún en nuestros días en esa doble jornada laboral full time que implica el trabajo doméstico y el trabajo por fuera de dicho ámbito.

Mujeres y cooperativismo

¿Qué se dice de las mujeres en las cooperativas? ¿Cuál es el rol que cumplen en ellas? ¿Cómo se las caracteriza? ¿Qué sucede en el cooperativismo con las mujeres? A fin de responder estas preguntas indago en investigaciones sobre cooperativismo las diversas menciones a la presencia femenina.

La presencia femenina dentro del cooperativismo me arroja una escasa producción en lo que respecta a la reconstrucción histórica y a los vínculos que se establecen entre trabajo,



participación política y género. Por un lado, López y Mutuberría Lazarini (2015) sostienen que la división sexual del trabajo ha naturalizado lo público y productivo relacionado con el varón, mientras que lo privado y reproductivo recae en la mujer. Sin embargo, afirman que el rol de la mujer en la economía solidaria es fundamental tanto en el trabajo productivo como en el reproductivo. Boronat Pont, Mutuberría Lazarini y Nacht (2018) señalan la desigual participación en los órganos de gobierno, la desproporción de las asociadas e integrantes de los consejos. Encuentran como primera explicación a las minorías femeninas el hecho de la permanencia en el hogar y la responsabilidad sobre los cuidados y tareas domésticas. Por otra parte, Lesnichevsky (2019) se pregunta acerca del cooperativismo y el feminismo, recogiendo una serie de entrevistas que dan a conocer e intentan construir la diversidad de la identidad cooperativa feminista, respondiendo a las preguntas de “¿Quiénes somos las mujeres cooperativistas? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?”. Actualmente, la producción de artículos aborda temas relacionados a las nuevas cooperativas que surgen como producto de la lucha feminista y de la diversidad. Si bien el tema es de mi interés, estas cooperativas surgen en un contexto histórico que desborda el explorado.

Los antecedentes mencionados construyen las bases para el presente ensayo. Creo que aún queda mucho por investigar, profundizar, y es el objetivo principal que persigo el sumar un granito de arena al conocimiento sobre las experiencias femeninas en la acción política dentro del movimiento cooperativista.

¡Que se vayan todos!

Las políticas neoliberales implementadas desde la última dictadura militar llevaron a una explosión de la sociedad argentina a finales del 2001. La hiperinflación que dio fin prematuramente al gobierno de Alfonsín, la convertibilidad, las privatizaciones de los diez años de menemato y la continuidad de estas políticas por el gobierno de la Alianza dejaron como resultado porcentajes de pobreza y marginalidad que no habían sido antes vistos. Barrancos (2007) sostiene que estos números alarmantes se encontraban principalmente en el conurbano de Buenos Aires y en la periferia de las grandes ciudades del país donde se asientan, en mayor medida, las clases obreras.



Durante el último tiempo de la Alianza, comenta Palomino (2005), la población apoyó en gran medida la formación de una coalición política impulsada por la CTA, la FRENAPO (Frente nacional contra la pobreza). El autor sostiene que unos días después de una gran convocatoria de firmas por este Frente: “una movilización popular en la que prevalecía la consigna ‘Que se vayan todos’ impuso la renuncia del presidente De la Rúa.” (Palomino, 2005:419). Esos 19 y 20 de diciembre quedarían en la memoria de todos los argentinos, no sólo por la decadencia a la que se había arribado sino por los movimientos sociales que cobraron identidad y expandieron su alcance. Hay varias formas de recordar el 2001: el cacerolazo, el corralito, el estado de sitio declarado por De la Rúa antes de renunciar, la policía montada en la Plaza de Mayo atacando a manifestantes, la gente reclamando contra la corrupción y por sus ahorros.

Uno de los movimientos que me interesa rescatar es el de las asambleas barriales, organizadas de forma espontánea por los vecinos de Buenos Aires y otras ciudades del país. Silvia, de quien hablaré más adelante, menciona:

“la noche del 19 de diciembre estábamos en una asamblea en el local de la mutual del ex banco mayo, con un grupo de compañeros con los que veníamos tratando de reagruparnos cuando estalló el cacerolazo y salimos a la esquina y nos sumamos a la multitud que venía caminando por avenida Rivadavia (...) la semana siguiente ya me enteré que ahí cerca de donde habíamos estado reunidos estaba la plaza de Almagro (...) y en seguida empezamos a impulsar las distintas actividades que se fueron llevando adelante en la asamblea”.

Palomino (2005) sostiene que el movimiento de asambleas apareció como un espacio social de deliberación, activismo y crítica. Estas asambleas, desde la mirada de Di Marco (2003), permiten el aprendizaje de un trato igualitario, una participación activa tanto de hombres como de mujeres en donde se produce una horizontalidad, pluralismo y negociación de los conflictos que no se presenta en los partidos políticos.

A raíz de la profunda crisis, Palomino (2005:423) observa que “las asambleas se volcaron paulatinamente hacia actividades vinculadas con la organización de servicios sociales y culturales para el barrio de inserción”, en donde las mujeres, según Di Marco, no se plantearon el trabajo como un trabajo asistencial ni de altruismo materno, sino la realización de proyectos como obligaciones vinculadas a “una lucha por la justicia social” (Di Marco, 2003: 12). Como



producto de estas iniciativas barriales surgen cooperativas de trabajo y de consumo que encuentran sus bases en otra forma de organización de los trabajadores.

Durante sus años de implementación el modelo neoliberal había afectado también al movimiento cooperativo que pese a las políticas económicas mantuvo, según Petriella (1998), una coherencia en tanto búsqueda de una vía no capitalista del desarrollo. Me pregunto entonces en qué contexto surge el cooperativismo en la Argentina, bajo qué ideas, con qué impulsos. Acto seguido, aparece el interrogante de si acaso los momentos históricos se parecen y en qué lo hacen, cuáles son sus similitudes, sus continuidades.

Aquellos años de progreso

Según Vuotto (2007:101-102), el origen del cooperativismo se remonta a finales del Siglo XIX y se vincula “tanto a los pensadores del socialismo utópico como a los socialistas republicanos, ambos interesados por la condición obrera, en un mundo industrial en pleno cambio”. En la misma línea, Barrancos (2007:122) sostiene que era el Partido Socialista, el que desde su programa contemplaba “la creación de cooperativas como forma económica superadora del interés capitalista”.

En la “era del progreso”, Lobato (2000) señala la ampliación de la mano de obra mediante el incentivo a la migración. Serían estos migrantes los que traerían la ideología, la experiencia y las necesidades para fundar las cooperativas. Los inmigrantes, afirma Plotinsky (2015) no sólo aportaron técnicas y procedimientos de trabajo, sino también las formas mutuales de organización con ideas de solidaridad y cooperación. En los comienzos, según el autor, las cooperativas argentinas se constituían sobre dos experiencias diferentes. Por un lado, sectores obreros que buscaban liberarse de la explotación capitalista; por otro, sectores de las capas medias y pequeña burguesía que buscaban soluciones a sus problemas económicos mediante el desarrollo de actividades comerciales o industriales.

Tomando a Lobato (2000), el contexto histórico en el que se desarrollan las cooperativas está marcado por esas fuertes olas inmigratorias, un despliegue de colonias agrarias y una expansión de la mano de obra que, poco a poco, se empezó a manifestar en huelgas y protestas en reclamo de mejoras en los salarios y el establecimiento de una jornada laboral justa, entre otros. La



autora señala también los reclamos de los desocupados, que se vieron desplazados del mercado laboral en los últimos años de 1890.

Me detengo aquí para pensar el fenómeno y surgen algunas preguntas. ¿Son estos pequeños burgueses que se asocian en cooperativas agrarias, de consumo y de crédito, de finales del Siglo XIX, similares a los assembleístas de las crisis del 2001? ¿Se vinculan en este último los sectores medios y los obreros, conformando un nuevo movimiento más amplio? ¿Se puede entender el “excedente de brazos” (Lobato, 2000:495) de finales del XIX similar a la desocupación que dejó el neoliberalismo?

Algo es manifiesto, ambas épocas están signadas por la crisis: una por la sequía y los bajos precios para los productos exportados a Europa, otra por las consecuencias del modelo neoliberal. Ambas tienen como saldo un “ejército de los sin trabajo” (Lobato, 2000:495). A la vez, me permito pensar esa similitud de los que se asocian en cooperativas a partir de un comentario de Silvia, que menciona la participación de las clases medias, progresistas que se acercan a las asambleas con “una esperanza en la posibilidad de un cambio, una transformación social y política”.

Otra similitud en los procesos históricos, es la necesidad de las mujeres de salir a buscar trabajo en aquellas casas en donde disminuían los ingresos. Sin embargo, me surge la misma pregunta que se hace Barrancos (2007:315): “por qué cuando las aguas vuelven a su nivel, las mujeres son repuestas a su mismidad, a los lugares y las funciones del arquetipo de los sexos”.

Entonces vuelvo a los textos e intento responder qué sucedía en aquel momento Siglo XIX con las mujeres y qué sucede en este Siglo XXI. En primer lugar, si bien Lobato (2000:471) habla de una participación de las mujeres en diversas actividades en el comercio o en ramas industriales, subraya que “la única actividad que permaneció inalterable fue la de encargarse de la reproducción de la fuerza de trabajo” a lo que agrega que las leyes laborales de protección de finales del Siglo XIX entendían que “la maternidad era la principal y única función de la mujer” (Lobato, 2000:478). Al mismo tiempo, Barrancos sostiene:

“se admitía que las mujeres de los sectores obreros no tuvieran más remedio que salir a procurar ingresos para engrosar las redistribuciones del varón productor, pero solo por eso esta razón se consentía que las madres dejaran a los niños y



desatendieran las tareas de la casa. Cuando las familias obreras mejoraban un poco su condición de subsistencia, la primera medida que tomaban era la vuelta al hogar de la mujer” (2007:148)

Ahora bien, ¿qué sucede a comienzos de nuestro siglo?

Mujeres en asambleas, mujeres cooperativas

Vuelvo a diciembre del 2001, Barrancos (2007) menciona la necesidad de salir a buscar trabajo por parte de las mujeres por la desocupación creciente que afectaba a los hombres. Según la autora, las mujeres “constituían un recurso para impedir que la caída fuera más abrupta” (Barrancos, 2007:301). Al mismo tiempo, se da un nuevo fenómeno que se denomina la “feminización de la pobreza” debido a un aumento paralelo de las jefaturas de hogar a cargo de mujeres. Me centro entonces en ver la participación de esas mujeres en las asambleas. Me interesa tener el testimonio de alguien que vivió ese momento en carne y hueso y me hago del contacto de Silvia Díaz, de la cooperativa La Cacerola ubicada en el barrio de Caballito.

Su contacto no es aleatorio. Recuerdo que, en una entrevista realizada a ella y su compañero sobre gestión del trabajo al interior de las cooperativas, el hombre abre un paréntesis y expresa “todo esto que están viviendo ustedes (en alusión al feminismo) viene ya de mucho antes, sin ellas nosotros no estaríamos acá, ellas nos sacaron adelante”.

Silvia Díaz es una mujer de unos 70 años, síndica de su cooperativa, vicepresidenta de la Federación Argentina de Cooperativas de Trabajadores Autogestionados (FACTA) la cual según Kasparian (2017:89), desarrolla una política de acercamiento al sector cooperativo tradicional. A su vez, desde la representación de FACTA, Silvia integra la mesa de la CTA división Yasky y es miembro del consejo asesor del INAES (Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social). Una mujer de tareas múltiples, por lo que la entrevista se da de manera muy Siglo XXI: virtual. Le envió unas preguntas y ella me las responde por mensajes de audio cuando el tiempo se lo permite.

Silvia me cuenta de su participación en aquel diciembre del 2001 cruzado por su anterior militancia en el PST, el MAS y el PTS. Me cuenta de las asambleas de la Plaza Almagro en donde con dos compañeros de asamblea deciden fundar La Cacerola, una panadería que hoy en día es



restaurante-bar¹. En mis preguntas le marco el interés por saber qué era de las mujeres en la asamblea, si había muchas, cómo participaban. “Unas cuantas eran mujeres, muchas mujeres humildes, de gente que había quedado desocupada o tenía trabajos muy mal pagos” me dice. Recuerda que muchas de ellas tenían muchos límites para su participación, en especial las que eran madres. “Las que tenían hijos, en general se vieron restringidas, su participación. No abandonaron o lo hicieron en todo caso después, bastante después, pero tampoco tenían una participación muy fuerte. En cambio, las que o tenían hijos muy grandes o no tenían hijos esas sí dedicaron muchísimo a las actividades, como yo.”

Me detengo brevemente aquí para retomar el concepto de Queirolo, (2016) la “doble tarea”. La autora toma los análisis de la socialista Josefina Marpons que señala “mientras para los hombres el trabajo es lo central, para las mujeres es una tarea nueva que cumple además de todas las de siempre.” (Queirolo, 2016:82). La doble tarea atraviesa la historia de estas mujeres reunidas en asamblea. Silvia, sin embargo, hace una distinción personal: había tomado una decisión hacía tiempo, no iba a ser madre porque de serlo veía coartada su participación militante, lo veía en sus compañeras de partido. Militar o criar, y ella optó por militar: “frente a las necesidades crecientes de la militancia tuve que, fui adquiriendo un compromiso cada vez mayor y tuve que renunciar a mi maternidad”. Es así que cuando enfrenta la pregunta de cómo organizaba el tiempo entre la militancia y el hogar o cómo se repartía entre el hogar y la cooperativa, afirma “yo no tuve esa dificultad”, “no me afectó mucho esa temática”.

Sin embargo, no hace ojos ciegos a la realidad de las otras compañeras de la cooperativa. Hoy en día son 9 sobre un total de 30, con cargos relevantes algunas, aunque señala que ninguna pudo alcanzar nunca los altos cargos de cocina y panadería. Nos comenta de la igualdad que ella percibe en su cooperativa a diferencia de otras cooperativas, igualdad en la participación y en la responsabilidad, más allá de la desigualdad en los números. Volviendo a la doble tarea, me cuenta de aquel comienzo, tras la crisis del 2001, ejemplificando lo sostenido anteriormente: “tuvimos un grupo de compañeras que venían con situaciones tremendas, madres y jefas de hogar” y suma “debido a que ellas si soportaban de manera ostensible esa doble tarea con tanto peso y bueno, siempre tuvieron mucha dificultad para poder garantizar una jornada de trabajo más o menos sistemática”.

¹ Para una breve descripción de la cooperativa ver <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-18936-2003-04-17.html>



La doble tarea de estas mujeres que debían mantener al mismo tiempo el cuidado de su hogar y de sus chicos hizo que poco a poco se fueran retirando de la cooperativa. “Ellas mismas se fueron apartando incluso se fueron poniendo algún bolichito en la casa, algún kiosco” Silvia menciona esto y lo siente como una deuda de la cooperativa y de las mujeres en la cooperativa por no poder brindarles otras herramientas de capacitación. Aquí se despierta la idea de otra similitud que tiene que ver con las convicciones de su militancia. Silvia me recuerda aquellas mujeres socialistas de fines del XIX que afirmaban la necesidad de la participación del Estado. Mientras Lobato (2000) señala cómo las socialistas de 1890 peleaban por el apoyo a las mujeres de clase obrera desde lo que puede señalarse como un Estado de Bienestar; Silvia, nos habla de la necesidad de la presencia del Estado con políticas públicas que incluyan el cuidado de los niños mientras esas madres se capacitan y trabajan para mantener sus hogares. Afirma Silvia,

Es una deuda pendiente con ellas, y con tantas mujeres como ellas.
Que sirva así esta reflexión final para que sigamos juntos pensando la necesidad de que el estado cuide de las trabajadoras mujeres y madres con políticas públicas que estén a la altura.

Consideraciones finales

A comienzos del presente me propuse indagar en la presencia femenina en las asambleas del 2001 y su posterior participación en cooperativas de trabajo, tomando el caso de La Cacerola, mediante la voz de Silvia Díaz. Propuse también, trazar un paralelismo entre los años de surgimiento de las cooperativas en el Siglo XIX y sus protagonistas con el surgimiento de nuevas cooperativas de trabajo a principios del Siglo XXI.

Si bien queda mucho por investigar acerca de la presencia femenina dentro del cooperativismo, tanto a finales del siglo XIX como a comienzos del XXI, intentaré esbozar una conclusión. Sujetos de ambos períodos, tanto hombres como mujeres, encontraron en las cooperativas, y en el movimiento cooperativo, una forma de hacer frente al capital: los unos como respuesta al modelo liberal que entraba en crisis; los otros, al modelo neoliberal que nos llevó a un estallido social, producto no sólo de la crisis económica sino también política. Ante esto la presencia femenina estuvo presente reclamando directa e indirectamente, su lugar más allá del siempre ponderado rol reproductivo. Muchas de ellas debieron retornar a sus hogares, dejando sus



puestos conquistados, sin poder hacer frente a la doble tarea de producir y reproducir. Les debemos a esas mujeres, y a tantas otras, que hoy en día las cooperativas adopten e incorporen poco a poco nuevas políticas de género, más allá de la pretendida horizontalidad en las que están basadas. Asimismo, la creación de cooperativas de género en sí mismas, con inclusión de las diversidades. La deuda con las mujeres madres y trabajadoras, de la cual nos habla Silvia, depende de una presencia política femenina fuerte que mantenga su lucha en el ámbito de los derechos laborales (entre tanto otros).

Queda mucho por pensar, mucho por revisar y por cambiar.

Bibliografía

Barrancos, D. (2007), *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Sudamericana. Cap. IV y VI

Boronat Pont, V; Mutuberría Lazzarini, V; Nacht, G. (2018) Desafíos de la economía social y solidaria en tiempos de Ni una Menos. Autogestión para una vida digna de ser vivida. En AA.VV. (2018) *Aportes de la economía feminista desde Argentina. Revista Análisis* (27) Pp. 16-20.

Di Marco, G. (2003) Movimientos sociales emergentes en la sociedad argentina y protagonismo de las mujeres. *La Aljaba. VIII*

Entin, G. (2003) Una panadería armada en asamblea. *Página 12*. Recuperado en <https://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-18936-2003-04-17.html>

Kasparian, D. (2017) *Lucha ¿sin patrón? Un estudio sobre la configuración de la conflictividad en empresas recuperadas y cooperativas del Programa Argentina Trabaja*. [Tesis doctoral. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.]

Lesnichevsky, M. (2019) Construyendo la identidad femenina cooperativista. *Revista Idelcoop*. (227) Recuperado en <https://www.idelcoop.org.ar/revista/227/construyendo-identidad-femenina-cooperativista>

Lobato, M. (2000), Los trabajadores en la era del “Progreso” en *Nueva Historia Argentina*, Tomo V, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

Mutuberría Lazarini, V; López, A.L. (2015) Las mujeres en el cooperativismo y en la economía social: dilemas, retos y desafíos. *Revista Idelcoop*. (216). Recuperado en <https://www.idelcoop.org.ar/revista/216/mujeres-cooperativismo-y-economia-social-dilemas-retos-y-desafios>



Palomino, H. (2005) "Los cambios en el mundo del trabajo y los dilemas sindicales", en Suriano, Juan (director). (2005) *Dictadura y Democracia (1976-2001)*. Tomo X, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires. Sudamericana.

Petriella, A. (1998) Nuevas preguntas y nuevas respuestas del movimiento cooperativo a fin de siglo. *Revista Idelcoop*. (115)

Plotinsky, D. (2015) Orígenes y consolidación del cooperativismo en la Argentina. *Revista Idelcoop*. (215).

Queirolo, G. (2026), "Dobles tareas: los análisis de Josefina Marpons sobre el trabajo femenino en la década de 1930", en *Anuario de la Escuela de Historia Virtual –Año 7–* (9).

Vuotto, M (2007) Algunas referencias sobre la noción de trabajo asociado en el siglo XIX. *Sociedade em debate. Pelotas*, 13 (1). Pp. 101-120